

Aquella mujer

Dra. Miriam M. González-Hernández

Del libro: Deshojando arenas

Despertaste en una hermosa habitación del lujoso hotel Metropolitano, a las afuera de París. Una brisa dulce inundó el aposento. El hombre con quien compartiste el lecho aún dormía bocabajo. Entonces suavemente, para no despertarlo, acariciaste la espalda de tu amante dejando correr tus dedos finos sobre aquella piel aún fragante a deseos, a pasión. Aquel hombre te enloquecía; hacían el amor de mil formas, en mil lugares y a todas horas.

Lo observaste con detenimiento. Su cabello era suave, deslizante. Su espalda era ancha, varonil, atractiva. Su torso era amurallado, sus glúteos potentes, sus piernas atléticas, en fin, todo su ser incansable. Sí, su virilidad era como ninguna. Siete veces se habían amado, o tal vez revolcado, aquella noche, en aquellas sábanas, en aquel hotel. Te restregaste en aquella transgresora habitación como nunca antes lo habías hecho con tus otros amantes. Éste era especial, pues era el de siempre. Rozaste tus labios en su piel dormida.

Fue entonces, cuando afloraron uno a uno todos los recuerdos que deseabas arrancar para siempre. Habías confesado en múltiples ocasiones que no amabas a tu marido. Dijiste que odiabas sus caricias, sus besos, sus penetraciones. Lo acusaste de violarte, de sangrarte, de abofetearte, de humillarte en público, mas nunca podrás dejarlo. Confesaste que te amedrentaban sus arrebatos de violencia y que temías por tu vida. Pese al miedo que sentías, juraste reiteradamente que te desquitarías de todas sus humillaciones. Prometiste vengarte, mas aún no lo has hecho. Ahora estás con este hombre, pero recuerda, a él nunca podrás dejarlo.

Piensas en todos tus temores, te angustias, estas confundida, sedienta de justicia, malhumorada contigo misma. Lloras como siempre. Te cubres con la almohada para que él, quien aún duerme, no sienta tus gemidos. Te duele el alma, te duele el pecho, te duele saberte impotente. Te levantas sigilosamente,

para que él no conozca tus tristes pensamientos. Te diriges al baño, cuando de pronto escuchas un ruido. Entonces te volteas aterrada y él, sí él, se ríe a carcajadas. Ahora comprendes. Nunca podrás salir de la infernal fosa.